



SUMARIO

CARAS BONITAS

- LEOPOLDO CASTROJERIZ
Sección vermouth.
- ANGEL DEL PINO HERMOSO
Cómo viene el amor.
- ANTONIO HERRERO
El último amante.
- ROSENDO LLURBA
El beso de papá.
- FÉLIX PAREDES
Soñando.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO
Por el honor.
- VÍCTOR SARABIA
y EZEQUIEL ENDÉRIZ
Luna de miel (continuación).
- ADOLFO LLUCH
En un país de abanico.
- MATEOS, M. GARRIDO, M.-S.,
BÉTICO, T., TINO y CHER
Varios dibujos y retrato de
María Berri.



MARÍA BERRI

Una de las tipos cómicas más simpáticas y vernosas del Globo terráqueo.

5 céntimos

SECCION VERMOUTH



Los peligros del hipnotismo

INVERNALES!...» ¿Dónde leí yo esto por primera vez? Debió ser en «El Eco de Cursileda», en «El Diario de Rutinaria», en uno de esos inefables periódicos provincianos que publican los desahogos líricos de los jóvenes de la localidad junto á la última cotización del mercado de lanas. «¡Invernales!...» También pude escribir «decembrinas»; pero invernales es más «sentido». «¡Invernales!...» tiene todas mis simpatías...

DE LA GUERRA



—¡Qué envidia me dan los alemanes! Todos los días logran importantes ocupaciones...

La mesa camilla es al Invierno lo que las plazolitas del Retiro y las térrreas sillas de Recoletos son al Verano. Los cartones de la Lotería sustituyen al abanico de la rueda de la Fortuna. Tan sólo los juegos de prendas son comunes á entrambas estaciones.

Hace algunos años que en las tertulias caseras de camilla con amplias faldas de bayeta se introdujo una nueva atracción: las prácticas de hipnotismo. Nunca falta en esas reuniones un muchacho que sepa, ó pretenda saber, algo de esa extraña ciencia. ¡Y resulta tan divertido, se presta á tan gratias incidencias los sueños hipnóticos!...

No era un muchacho el que en nuestra tertulia de la Prosperidad decía saber de esas cosas: don Telesforo tenía los sesenta cumplidos, y al amparo de su retiro de coronel se dedicaba con ardor á los estudios que inmortalizaron á Mesmer. Don Telesforo, además de esta pasión científica, tenía otra muy grande por su mujercita, encantadora figulina de veintisiete años, á la que empleaba en todas sus experiencias, única forma para que éstas no resultasen fallidas, pues tanto sabía don Telesforo de ciencia magnética como yo de tocar el violín. Pero su esposa, comprendiendo que únicamente así podía dar gusto á su marido, fingía obedecerle.

No era un secreto para nadie que tras de Conchita, la mujer de don Telesforo, andaba un travieso estudiante de quinto año de Derecho. Pero Conchita se resistía á faltar al bueno de su esposo, no por falta de ganas... ni de motivos, sino porque le parecía muy grande pecado engañar á un bobo. Una noche en que la tertu-

CHIQUILLADAS



—¿Ves lo delgadita que estás? Pues haciendo lo que te voy á decir, engordarás y se te pondrá cada mano más gorda que esta...

—Entonces, le traeré también á un amiguito más para que se le ponga igual.

lia se verificaba en el hotelito de don Telesforo, éste se empeñó en darnos una prueba patente de su dominio del hipnotismo, y:

—Ustedes—nos dijo—han visto que Conchita se ha retirado á su cuarto pretextando un dolor de cabeza. Bueno; pues yo la voy á ordenar que se vista y se venga con nosotros á la sala.

—¡Pero, don Telesforo!...—exclamamos todos.

—Un poco de silencio, y ¡atención!

Empezó don Telesforo á hacer visajes. Conchita no parecía. ¡Ah! El estudiante de Derecho no figuraba aquella noche en la reunión.

Intranquilizóse un tanto don Telesforo al observar que su esposa no acudía á su llamamiento, y un su es no es despedido, se encaminó á la alcoba de su cónyuge. Le acompañaron unas amigas.

Llamó don Telesforo repetidas veces con los nudillos en la puerta de la alcoba, y hartó ya, la empujó violentamente. La habitación estaba débilmente iluminada por una lamparilla; la ventana, abierta; Conchita, á medio vestir, echada sobre el revuelto lecho.

—¡Qué te ocurre, nena!—exclamó su esposo, temiendo una crisis.

—Nada, nada—exclamó ella, suspi-

rando profundamente—. Una experiencia más, y me muero...

Y agregan las amigas maliciosas que terminó la frase por lo bajo diciendo: «Me muero... de placer.»

Convencido don Telesforo de los peligros que reportaban á su esposa los estudios hipnóticos, abandonó éstos y se consagró más á la vida del hogar, prefiriendo dormir con su esposa á dormir á su esposa. Dormir o velar: ¡vaya usted á saber!...

LEOPOLDO CASTROJERIZ.

LO QUE ELLAS PIENSAN



—¡Qué buena ocurrencia han tenido los hombres organizando estas Fiestas de la Flor!... ¡Como si no tuviésemos nosotras otros mil medios de lucirnos y de sacarles dinero!

Cómo viene el amor

EN casa de Joaquina era general el alborozo: los señores, los niños, los criados estaban locos de contento con la llegada ya muy próxima, de la condesa de Rocalba y de sus dos hijos: María, una seductora muchacha de diez y ocho años, y Santiago, el heredero del título y señorío de Rocalba, cuyos primeros años habían pasado en el colegio de San Andrés que los jesuitas sostienen en Dinamarca.

La deseada visita llevóse á efecto gracias á las reiteradas súplicas de los padres de Joaquina y al propósito de casar á María con el mala cabeza

hubo de pasar una temporada de verano.

Sólo una cosa vino á turbar la alegría de huéspedes y hospedadores: Santiago Rocalba, la esperanza y el orgullo de la condesa, resuelto á seguir la carrera eclesiástica, había comenzado los estudios de Teología, y ya llevaba los hábitos de seminarista.

Reflexiones, ruegos, lágrimas de la condesa y de su hija, amenazas, fueron inútiles. Santiago se mostró irreductible, y si accedió al deseo de su madre de pasar unas semanas en casa de los señores de San Martín fué sólo por no estorbar los propósitos matrimoniales de su hermana María y de aquel Paco, su compañero de la niñez, de quien ya apenas se acordaba.

La presencia del seminarista resultó hasta cierto punto enfadosa, porque ante él no existía libertad alguna, y la casa de los San Martín, tan alegres, tan locuaces, tan aficionados á la risa y al juego, á los cantos y bailes, parecía transformada. Las risas y aun las sonrisas se convertían en gestos mustios y tristes por virtud del adusto ceño de Santiago; la danza, dueña siempre de los salones del palacio, había huído atemorizada al ver que por ellos cruzaba severa, hierática la negra silueta del hijo de la condesa con su libro de horas en la mano, la vista baja y la imaginación en un constante delirio religioso.

Así pasaron varios días, todos cohibidos y desorientados: el futuro clérigo, porque la alegría de los jóvenes le desagradaba, y los demás, porque á nada se atrevían, medrosos de incurrir en el enojo del seminarista. Pero como la juventud nada respeta y á todo se arroja cuando rompe con trabas y convencionalismos, llegó un momento en que la alegría sana, el ansia de vivir y el caritativo deseo de redimir de un

COSAS DE LA EDAD



—¡Qué enfermedad de puro! Te va á hacer daño.

—¡Bah! No da háce daño cuando se es joven.

—Pues yo creo que, por juven que se sea una, cosa así siempre le hace daño.

de Paco, á quien convencieron sus progenitores y muy principalmente su hermana Joaquina al ensalzar la belleza y seducción de María y contar, asombrada, las magnificencias de la casa solariega de las Rocalba, donde

mundo de tristeza al heredero de los Rocalbas, estalló y hubo de convertirse en una bien fraguada conspiración, de la que amos y criados fueron bravos sostenedores.

Y desde aquel momento no hubo acción, ni gesto, ni conversación, ni propósito que no tuviese como norte traer á Santiago por el camino de la vida propia de sus años y circunstancias.

El canto de las muchachas del servicio, el tocado de las lindas y pizpiretas doncellitas, las mañosas insinuaciones de ayudas de cámara, lacayos y mecánicos, el «flirt» de los novios y las facilidades que daban siempre las personas mayores, se encaminaban como flecha bien dirigida al blanco á separar de su vocación religiosa al estudiante de Teología.

Pero todo resultaba inútil; y para agravar el mal de aquella empresa, prendóse Joaquina del seminarista, y fué tan vehementemente su pasión, que de sus mejillas huyóse el color y desaparecióse la alegría, y en sus ojos siempre estaba pronto el llanto.

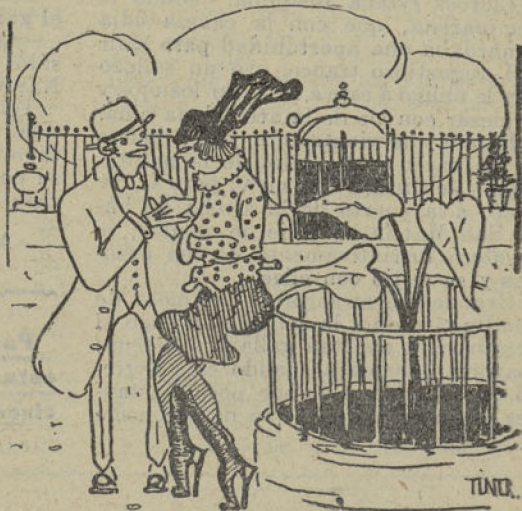
Mas el dios Amor, que vence los más formidables obstáculos, se apiadó de la niña, y eligiendo como arma á una gentilísima y despierta camarista, devolvió á Joaquina el rosa de sus mejillas, la alegría de su alma de niña y la risa de cristal con el no despreciable aditamento de un galán que hasta entonces encubriera la gallardía de su figura con la poco favorecedora vestidura talar.

Fué el milagro que una calurosa noche de canícula levantóse desasosegado el futuro padre de iglesia y para distraer su malestar, aprovechando la cercanía de la biblioteca, se encaminó á ella en ropa de noche; pero quiso su mala estrella que cuando ya había encontrado el libro, una avería en la luz eléctrica le sumiese en la más absoluta obscuridad.

A tiantas, con el sigilo y precauciones de un ladrón, pues su «toilette» no era á propósito para solicitar el auxilio de nadie, intentó volver á su

cuarto; mas el azar dispuso otra cosa, y en lugar de arribar á su habitación, dió en la de una de las doncellas de la casa, y que al topar con la muchacha y hacer ruido hubiese alguna alarma.

NO HAY DISCULPA



—Dile á tu mamá que has pasado la noche en casa de una amiga.

—Sí, sí. Eso se le puede decir al novio; pero las mamás no lo creen nunca.

A los ruegos de la doncella desistió de salir el perdido estudiante para no comprometerla, y cuando, ya pasado el primer susto y transcurrido bastante tiempo, resolvió abandonar la habitación, encaminóse Santiago, siempre á obscuras y ya con no muy seguro pie ni muy tranquila conciencia, porque la tentación había sido fuerte y débil su resistencia al pecado, se encaminó—repetimos—á su alcoba, deseoso de llegar á ella y buscar en el rezo y en el arrepentimiento el fin de sus tribulaciones y flaquezas.

—Mas, ¡ay!, Amor es una divinidad inexorable, y en lugar de guiar los pasos del pecador por la senda del bien, los encaminó por un pasillo á cuyo final se hallaba la alcoba rosa y blanco de Joaquina.

Y al darse cuenta del error, siempre

caballero, Santiago se apresuró á abandonar aquel lugar donde tan inesperadamente había llegado, y otra vez una alarma le impidió salir, y allí estuvo, agazapado en un rincón, hasta que con la luz del día se hizo más difícil el lance, y en el pecho de Santiago fueron encendiendo una hoguera las pasiones.

Llorosa estaba Joaquina, cuando el seminarista, que con la cabeza baja aguardaba una oportunidad para salir del angustioso trance, oyó un sollozo que le obligó á éste á levantar los ojos y tropezar con los de la atribulada niña.

Rápida, nerviosamente, sin cuidarse de no hacer ruido, salió de la habitación y se dirigió á la suya; pero al ver junto á la puerta de la alcoba de Paco San Martín un traje de montar, se apoderó instintivamente de las prendas y se vistió con ellas.

Grande fué la sorpresa del mozo de cuadra cuando á la caballeriza llegó el seminarista con tan gallardos arreos; mayor su sorpresa cuando éste regresó en endiablado galope pocos instantes después; pero lo que no reconoció

límites fué el estupor de todos, amos y criados, al escuchar el tintineo inacabable del timbre de la alcoba de Joaquina, y, al acudir á ella, encontrarse con que Santiago aguardaba la llegada sosteniendo á Joaquina con un brazo enlazado á su cintura.

La pregunta fué unánime y única:

—¿Qué pasa?

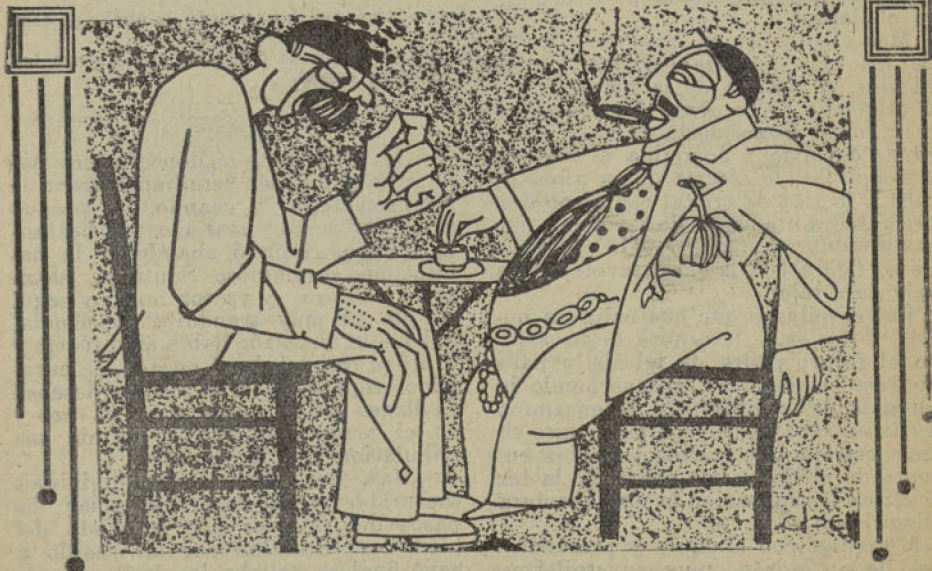
Con firmeza y naturalidad contestó el galán:

—Que he colgado los hábitos, y que sólo quiero officiar en el altar de la Naturaleza.

Todos se quedaron admirados; sólo una persona, la pizpireta doncellita, tuvo una sonrisa, y en sus ojos hubiese podido leer quien entonces los mirase la clave del enigma.

ANGEL DEL PINO HERMOSO.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco [Pastor, Juanelo, 1, segundo.



—Te voy á dar una noticia muy fuerte: tu mujer acaba de escaparse con tu secretario...
—¿Qué lástima! Con lo bien que ese chico me llevaba los negocios!...

EL ÚLTIMO AMANTE

PERDONADME, adorables lectoras, si esta mi crónica no hace que de vuestras incitadoras bocas surja una carcajada. En el mundo galante no todo es alegría, frivolidad y perfumes. También existen pasiones, tristezas y lágrimas. Yo sé que á pesar de vuestros aspectos de figulinas de Tanagra, no sólo sois belleza y alegría, deseos y felicidad. En vuestros cuerpos, más lindos que el despertar de una pasión feliz, dormitan almas intensas, sentimientos y pasiones cuyos mandatos acalláis con férrea voluntad, para que ellos no afeen vuestros labios con una triste mueca, no empañen el adorable fuego de vuestros ojos con una sombra de melancolía, ni turben la serena belleza de vuestras frentes con arrugas dignas de un sesudo filósofo. Yo sé que acalláis los gritos de vuestras pasiones por todos estos motivos dichos, y para que no hagan que vuestras voces, semejantes á divina música, se entristezcan, y vuestro parlotear deje de ser alegre, jugueteón, chispeante é ingenioso, como cuadra á vuestras figuras. Pero sé también que muchas veces, á solas con vosotras mismas, dejáis de haceros traición, y en el silencio de vuestro tocador, en la oscuridad de vuestro dormitorio, os entregáis á vuestras almas, á vuestras pasiones y sentimientos, adquiriendo esa belleza doliente de las almas torturadas. Bellas los sois siempre; aún quizá más en los momentos de dolor.

Para leerla en estos momentos está hecha mi crónica. Que el romanticismo que hay en ella dulcifique vuestros sufrimientos, y á la terminación os haga derramar una lágrima en honor de la protagonista de esta verídica historieta de su supremo amor.



Un amigo, al saludar-

me en la terraza de un café, habíame dado la noticia con esa criminal indiferencia de los seres egoístas, que por nada ni ante nada se conmueven.

—¡Hola, chico!... ¿Sabes quién está muriéndose en el hospital de X? Lucía. Una locura, ¿sabes? Siempre fué tonta, y tenía que terminar así. ¡Otra saldrá á reemplazarla!

Cuando mi amigo me dejó para ir á otra mesa donde un grupo de amigos más alegres que yo en aquellos momentos reían y bromeaban escandalosamente, abandoné mi asiento y me dirigí al hospital X, donde se hallaba Lucy.

En lo que duró el trayecto no dejé de pensar cuál sería la causa que había hecho á Lucy descender tan rápidamente y hasta el punto de tener que recurrir á la caridad.

Lucy había sido una desnudable aristocrática. Sus vestidos eran traídos de París; sus coches, soberbios; sus alhajas, famosas; su hotel, un nido encantador. No tenía deudas, y aunque no había ahorrado dinero, porque su alma elevada no entendía de estas mezquindades, todo lo que la pertenecía bien podía valer, aun mal vendi-

ANTES LA MUERTE



—No tengas miedo, mujer

—¡Anda, miedo! Si anoche estuve leyendo que un asesino hundió su puñal á una joven y la besó en la boca, y me dió una envidia...

do, un modesto capital. Yo no la había visto desde el principio de Verano, y estábamos al comienzo del Otoño...

Llegué al hospital. Aunque no era hora de visitas, mi amistad con uno de los alumnos internos me facilitó la entrada.

Confieso que un gesto de repugnancia, ó tal vez de lástima, debió asomar á mi rostro, porque el alumno que me acompañaba exclamó sonriendo:

—No está usted acostumbrado, ¿verdad?

No respondí, y continué fijándome en los grupos de enfermos que paseaban lentamente por las galerías sus figuras miserables. Por fin, luego de atravesar infinidad de salas llenas de camas, con una blancura de sudario, llegamos adonde estaba Lucy.

—Esa es—dijo el alumno, viendo que yo esperaba me indicase la cama de

¿QUIEREN QUE LAS ACOMPAÑE?



—¿Y qué tiene eso que ver? Lo mismo se va con una que con dos.

—Sí, pollito: se va igual, pero no se vuelve lo mismo.

Á PALO LIMPIO



—Lo siento mucho; pero te tengo que tratar así para enderezarte.

—Pues podías aprender un sistema más cariñoso para enderezar, porque los hay...

la enferma que había ido á visitar.

—Imposible—respondí, viendo el rostro dormido de la que me decían que era Lucy.

Era verdad. Todo aquel horror, aquella miseria, aquella fantástica visión de dolor, era Lucy.

Ella misma sonriendo, con una sonrisa que era una mueca trágica, me contó la historia...

Fué durante su vivir de cortesana, adorable, frívola y alegre un amor oculto que vivió en su corazón, adueñándose de él, poseyéndole totalmente. Horas de nocturna soledad, ratos de tristeza inexplicable, genialidades de mujer excéntrica, venganzas hacia el último amante, el odio disfrazado hacia los hombres, toda la vida de Lucy dependía de aquel amor, que aun dormido en lo más recóndito de su alma, dictaba leyes y caprichos como dueño y señor que, no satisfecho, parecía tomar venganza.

El inspirador de aquella pasión fué un mozo de espíritu inquieto, aventurero, que un día, cansado de los besos de Lucy, huyó de su lado, sin que la hermosa volviera á saber de él.

Este Verano, haciendo una visita de

caridad á los repatriados enfermos, encontró Lucy á su amante.

El amor tanto tiempo dormido despertó pujante, avasallador, y Lucy, rompiendo compromisos, pisoteando comodidades, sacrificándose, vendió alhajas, vestidos, coches, hotel y todo para curar al amante enfermo. Fué inútil. El amante era presa de una enfermedad aposentada en los huesos, en la sangre, adueñada de todo él, y murió.

La noche de la agonía fué trágica y sublime; demoniaca y divina; criminal y humana. Lucy, viendo morir para siempre á su amante, comprendiendo lo inútil que era esperar, ofrecióle el divino regalo de su cuerpo de diosa,

entregóse á él con toda la perversión de una mujer sabia en los secretos de la voluptuosidad.

Al día siguiente Lucy amaneció abrazada á un cadáver. Cuando la separaron de él fué para trasladarla á un hospital de Madrid.

La luz lechosa del atardecer ponía una tristeza infinita en la sala donde Lucy iba á morir de la misma enfermedad que su primero y último amante.

Quando abandoné el hospital, lo hacía triste, pensando que si es cierto haber cielo é infierno donde irá á parar el alma sublime de la pecadora.

ANTONIO HERREROS.

DIÁLOGOS CONYUGALES



—Esas cartas me demuestran que has sido de otro hombre.

—Pero, idiota, ¿no has visto que están fechadas antes de nuestro matrimonio?

El beso de papá

HASTA aquel mismo momento no dudó nunca Carlos de la fidelidad de su joven esposa. Pero el anónimo recibido era harto elocuente para poner en guardia aun al hombre más confiado y más seguro de la virtud de su hogar. Decía así el infamante papel:

«Como amigo que te soy, tengo el

BUENAS NOCHES



—¡Qué atrocidad! Dije que esta noche, en el baile, me iban a salir ¡eis proporciones; y ya lo ven ustedes: ¡me he quedado «corta»!

deber de avisarte. Tu mujer te engaña. En alguna de las horas que sé que tú te hallas en la oficina, pasando por el paseo que da frente á tu casa, he observado á través de los visillos de la

ventana la cabeza de tu mujer acercarse á otra cabeza, masculina ésta, y fundirse sus tocás en un beso interminable. Vigíla!a.»

Quedóse Carlos, por unos momentos, lleno de estupor después de leer el contenido del anónimo; pero reponiéndose en seguida, y armándose de una resolución suprema llama á su esposa:

—¡Isabel! ¡Oye!

Aparece ésta en el dintel del cuarto donde reposa su pobre niña enferma, un tant extrañada por el tono agresivo con que la ha llamado su esposo.

—¿Qué quieres?

—¿Quién entra aquí por las tardes, mientras estoy en la oficina?

Isabel quedóse anonadada al oír aquella pregunta tan intempestiva. Eso da lugar á que los nervios de Carlos, ya excitados de por sí, rebotten con más fuerza en sus arterias.

—¿No lo sabes, eh? Pues bien: procuraré indagarlo yo!

—¿Pero qué te pasa, Carlos?

—Lo que tú demasiado conoces. ¡Ea! Tráeme el bastón y los guantes. No hablemos más de eso.

—Pero, Carlos...

—¡He dicho que basta!

Y la dócil esposa, con el alma en un hilo, se retira para cumplir su encargo.

En tanto, Carlos, con el anónimo estrujado por la rabia, en una mano, vase á dar el acostumbrado beso que da todos los días antes de marcharse á su hijita enferma. Esta, que oyó desde su camita cómo papá regañaba á su madre, dícele, poniendo en sus ojos el encanto de una interrogación:

—¿Por qué riñes á mamá, papaito? Si es tan buena...

Y Carlos, soltándose de aquellas manitas de muñeca, contéstale algo importunado:

—Anda, duérmete.

Le da un beso y se marcha.

Su esposa, ya en la puerta del cuarto, con los ojos anegados en lágrimas, le espera para entregarle los guantes y el bastón.

Recoge Carlos, algo imperiosamente, dichos objetos, y vase sin decirle adiós ni darle el beso que, como de costumbre, nunca olvidó de darle desde que eran casados, siempre que entraba ó salía de su casa.

✱

Quando Carlos hubo desaparecido,

no pudo Isabel sobreponerse al dolor que le causó tal despedida. Hecha un mar de llanto, lanzó sobre la cama de su hija, una preciosa muñequita de cinco años, y empezaron las dos á llorar de un modo que daba pena.

Así pasaron largo rato, hasta que la niña, un poco más sosegada, y habiendo tropezado sus manitas con un papel en forma de bola, que se le olvidó á Carlos al darle el último beso, díjole á su madre:

—Mira, mamá: á papá se le habrá caído este papelito.—Y desdoblándolo como puede, lo entrega á su madre para que lo lea.

Al principio, Isabel no hizo gran caso del papel; pero, como por instinto de percepción, sus ojos tropezaron en unas fatales palabras: «Tu mujer te engaña.» Avidamente devoró, más bien que leyó, el contenido de aquel anónimo, única causa de las lágrimas vertidas por ella en aquellos momentos, y sus labios, después de la lectura, se contrajeron en un rictus amargo:

—¡Cuánta bajeza!—murmuró.

Y levantando á su hijita de la cama, púsosela en sus brazos delante de los visillos de su ventana, y dióle allí, de cara al paseo, un beso único, ardiente, interminable...



Carlos, desde el paseo, acordóse de los caprichos de su nenita, y como no era conveniente contrariarlos desde que sufría aquella malhadada enfermedad, que habíala dejado sin cabellos. Y uno de los caprichos más frecuentes era el querer que su madre la besara en sus brazos, cerca de la ventana, mirando al cielo.

Mohino y cabizbajo, después de aquella visión desde la calle, volvióse á su casa. Isabel abrióle la puerta sin despegar los labios y con los ojos bajos, húmedos aún por las lágrimas de ella y de su hija. El no se atrevió á mirarla, y fuése precipitadamente hacia el cuarto de la niña. Cogió á ésta por el cuerpo, y al acercarse su cara á la de ella sintió sus manitas posarse delicadamente en su boca á tiempo que le rogaba con humildad:

—No, papá. No me des el beso. ¿Quieres dárselo á mamá?...

ROSENDO LLURBA

Biblioteca Regional de Madrid

Soñando

Detrás de los cristales del balcón de mi estancia contemplando, fumaba, el cielo encapotado; afluía en la noche de flores la fragancia que en un jardín ha tiempo aspiré ensismado.

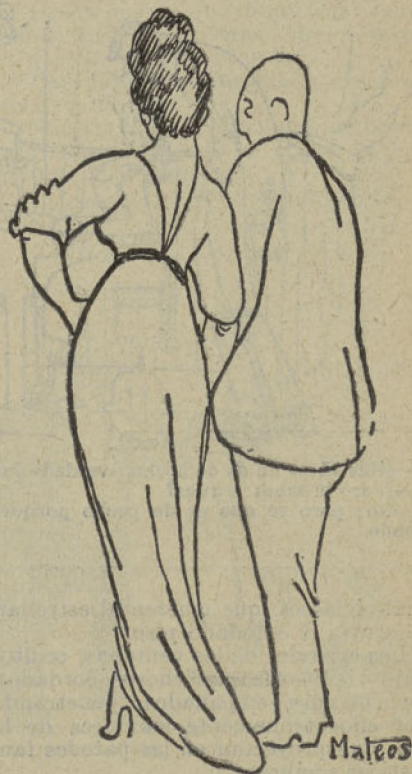
Desfilaron, divinos de color, á mis ojos manojos de claveles y manojos de rosas; y ajeno ante la vida, que me causaba enojos, presenciaba un desfile magnífico de cosas.

Al seguir con mi vista de humo las espirales que el ambiente surcaban en trazos sensuales, ví en ellas, fiel é intensa, la escena del ayer.

Y en brazos de una fiebre ansiosa de añoranzas, el humo parecía con'ar las bellas danzas de una linda figura acunada de mujer...

FÉLIX PAREDES.

LAS DESCARADAS



—Me da vergüenza ir contigo á la recepción con esta calva.

—¿Y qué? Por eso nadie se atreverá á decirte nada; porque todo el mundo sabe que yo tampoco tengo pelos en la lengua.

POR EL HONOR

EN su salita coquetona, sentada en un butacón, Lucrecia hojea y ojea una revista de modas.

Ya hace rato que está de esta conformidad, y empieza á hastiarle la lectura, cuando las dulces campanadas del reloj de la chimenea dan las cinco.

Es aquella una de las tardes invernales en que la niebla llorona ciega los ojos. A pesar de ser tan temprano, los focos luminicos de los establecimientos alumbran las aceras con sus reflejos

sita, extiende perezosamente su mano de azucena y oprime el botón del timbre.

Una doncella aparece en el dintel de la puerta.

—¡Llamaba la señora?

—Sí, Julia; ¿no ha venido todavía don Pablo?

—No, señora.

—Bien; encienda las luces y retírese.

Queda profusamente iluminada la salita. Paulatinamente, vase percibiendo el acompasado patear de los caballos sobre el asfalto, y el rumor de la gente que se echa á la calle, á su paseo cotidiano. Retiembla chillón el timbre de la puerta del cuarto, y poco después hállase Lucrecia ante un

hombre de regular estatura, con la cabeza completamente blanca, que en su frente y mejillas campan buen número de arrugas, dando á su boca un rictus de cansancio.

Levántase Lucrecia.

—Felices, Pabloñ.

E inmediatamente dale un cariñoso bofetón en la mejilla, y estampa en ellas un beso.

Pablo recházala suavemente con la palma de la mano, hasta separarla de él.

—Quita, quita...

—¡Ay, hijo! ¡Qué despectivo vienes! Sin duda salieron hoy mal los negocios, y soy yo quien tiene que pagarlo, ¿verdad?

—No es eso.

—Entonces...

Pablo atráela hacia sí, y clava su penetrante mirada en los ojos femeninos, como

ansiado descubrir un misterio.

—Lucrecia, ¿eres una coqueta!

Suéltala las manos.

—¡Y eso? ¡Qué quieres decir! No comprendo ni una palabra.

—Es inútil que finjas: lo sé todo. ¡Oh, es horrible!... ¡horrible!... ¡De modo que tú y Enrique Floridel!...

• —Que yo y Enrique Floridel!...

—Sí, sí; que os entendéis. Vamos, que saltáis por encima de mi persona, y que...; ya me comprendes.

—Lo comprendo...; y te lo dijo...

MUSICALES



—¿Has «dao» un «do» de pecho, «verdad» Juanita?

—¿Pero tú sabes música?

—No; pero sé que es de pecho porque aún lo estoy viendo.

azul-violáceos, que mueren al estrellarse contra el enlodado piso.

Los cristales de las ventanas, ocultos bajo visillos de caprichosos bordados, encuéntranse empañados, penetrando por ellos tenuemente las luces de la rúa, que proyectan en las paredes fantásticas sombras.

La obscuridad interpónese ya entre las páginas de la revista y la vista de Lucrecia, hasta serle materialmente imposible proseguir.

Arroja el periódico encima de la me-

—¡Ah! ¿Conque es cierto? ¿No me engañaron? ¿Me lo figuraba!

—Pero...

—Nada, nada.

Pablo pasea por la estancia, febrilmente.

—Sí, hombre, sí; si soy un bestia, un... qué sé yo... cualquier cosa. A quién se le ocurre, á los años mil, enamorarse de una niña casquivana, ponerla un cuartito con colgaduras, espejos, tapices, muebles, etc., y pasarla una renta mensual para que luego se divierta con el mamarracho de Floridel; porque Enriquecito es un mamarracho de cuerpo entero; pues nada más que á mí. Digo, no, somos muchos; pero á mí no me importan los demás. ¡Ay, Pablito!... Te caíste por enamorarte de una...

—¿De una qué?

—De una... de una...

—Vamos, dílo.

—Pues de una...; bueno, ya lo sabes.

—Bien, caballere. De forma que una mujer á quien no se atiende como merece, que se la olvida semanas enteras para verla al cabo de los siglos, después de una atraquina de ajonjos y comidas picantes, es una... eso, eso que ibas á decir antes.

Lucrecia solloza magistralmente, y continúa:

—Tú crees que mi juventud voy á marchitarla por tu capricho? ¿No tienes conmigo lo que quieres? Pues entonces... ¿O crees, acaso, que tu bolsa va á proporcionarte una santita, siempre metida en casa, dispuesta á tus tardíos caprichos de amante? ¡Quia, hombre! ¿Estás equivocado!

—Mas mi honor...

—Sí, ¡bonito está tu honor! En cosa bien baladí has ido á fijarte; ¡tu honor!, ¡tu honor! ¿Acaso supiste guardarle, poniendo á tu esposa en el sitio que la correspondía, y no correrla con arantes un día y otro? ¡No! ¡Pues entonces!...

—Y la gente; ¡qué dirán mis amigos!

—¡Bah! Tus amigos. ¡Siempre el qué dirán los demás! Al reunirse conmigo, ¿miraste eso que ahora tanto te preocupa. A veces, la felicidad es la que se juega, ante el temor de la maledicencia del vulgo, y luego que reconocemos nuestro error, queremos volver atrás y... somos tan viejos luego...

—Observa...; comprende que...

—No tengo que observar ni comprender nada. Tú me perdonarías;

pero ante el temor de ver deshecho tu honor ante la vista de los demás, te abstienes, ¿no es eso? Pues ya ves bien claro cómo tu dignidad quieres conservarla, no porque la sientas en el alma, sino por miedo á caer victima de la lengua de tus semejantes. Créeme, querido: quien busca la felicidad, no hace caso de esas nimiedades, creadas por la sociedad para combatirse mutuamente, sino del amor, que es lo que verdaderamente se siente y se padece, y como el amor es ciego...

—Sí, Lucrecia; razón tienes.

—¿Lo ves? Y acabarás por disculpar mi falta.

—No del todo; pero...

—Me perdonas, ¿no es eso?

—Bien... te perdono.

—Gracias, Pablín. Ahora soy dichosa; te he modernizado; tú eres viejo, y vivías á la antigua; pero desde hoy...

—Desde hoy, lo que tú quieras; pero pudiste haberme enterado de los favores que concedías á Floridel...

—Para haber adelantado la escenita esta, ¿verdad?

—No, mujer; de ninguna manera. Para haberle pasado la mitad de las facturas de tus gastos...

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

«TOMADURAS DE PELO»



—Hija, tampoco con este específico me ssele nada...

—¡Claro! Como que hay cosas que no pueden ser!..

LUNA DE MIEL

(Entremés, por Victor Sarabia
y Ezequiel Endériz)

(CONTINUACIÓN)

J.—Eso quisiera yo...: no ser así...; ser de otra forma: ser un tigre, un león... Cualquier animal feroz para luchar con ella y despedazarla.

R. (agarrando á su hija por un brazo).—Vamos, hija mía.

J. (agarrándola por el otro).—Pura se queda aquí.

R.—¿Quién lo manda?

J.—¡Yo!...

R.—¿Tú? ¡Ja, ja, ja! Déjame que me ría... Vamos, hija; deja á ese pigmeo.

P.—¡Mamá!

R.—Tú te callas y me sigues...

J.—Yo ordeno que se quede...

R.—Yo te digo que no me da la gana.

J.—Pues se quedará...

R.—No se quedará...

J.—Pura, aquí...

R.—Conmigo, Pura...

P.—¡Por Dios!... ¡Que me dejáis sin brazos!...

J. (soltándola).—Bien; vete.

P. (forcejeando con su madre, que la lleva).—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

R.—No le hagas caso; tu marido está loco...

(Mutis. Julio queda como quien ve visiones. Luego, repentinamente, toma su sombrero y se dispone á salir.)

J.—Esto se ha acabado... Sí, señor: se ha acabado... El sombrero, las escaleras y el ferrocarril... ¡Que revienten...! ¡Mamá-suegra, diablo terrorífico: ahí te quedas con tu hija por muchos años...; por muchos, sin que yo te vea...!

(Va á salir por el foro, cuando tropieza con Andrés, que entra.)

ANDRÉS.—¡Querido Julio!

J.—¡Tú!

A.—Yo, sí; yo... ¡Abrazame, hombre, abrazame! Así, hombre; y felicidades, muchas felicidades.

J.—¿Hablas en broma?

A.—En serio, muy en serio. Ya sé que eres feliz, completamente feliz... que yo he dicho siempre: el matrimonio,

con suegras y sin suegras, es la suprema felicidad.

J.—Sí, ¿eh?... Pues sigue con tus teorías; pero no vengas á exponerlas en mi presencia, porque corres el peligro de que, olvidándome de nuestra amistad, agarre un mueble y deje viuda á tu consorte...

A.—Pero... ¿qué tienes?

J.—Conmigo están cometiendo un crimen.

A.—No te entiendo.

J.—Tengo una suegra odiosa, infame, criminal...

A.—¿Tan pronto has acabado con ella?...

J.—Eso quisiera yo... Es ella la que está acabando conmigo.

A.—¿Tan mala es?

J.—Un cáncer... ¡Ah, chico; la odio, la aborrezco, la detesto!... ¡Tú sabes que siempre he sido pacífico, tímido...!

A.—Sí...

J.—Pues ahora comprendo los crímenes horripilantes, las bestias humanas, el encebamiento en las víctimas... Sí: esta es la suegra. Yo siento ansias de ser criminal, de matar, de apuñalar, de beber sangre...; deseos de verla tendida á mis pies: yo, con un trabuco, como José María, «el Tempranillo»; ella, sin vida, exánime...

A.—Y yo bailando el garrotín...

J.—¡No te burles!

A.—Me parece que acabo de llegar al final de la primera refriega...

J.—Te equivocas. Has llegado en el momento que yo me disponía á huir, después de tres meses de lucha.

A.—¿Tres meses? Entonces, ¿cuánto ha durado tu luna de miel?

J.—¿Luna de miel? ¿Miel en esta casa? Vinagre, acibar, demonios... ¿Tú crees que yo me he casado?

A.—Sí...

J.—Pues no, señor. Es verdad que fui á la iglesia con Purita y con ella, ¡con la suegra!; verdad que dije al cura que la quería; cierto que nos bendijo...; pero no me he casado...

A.—No comprendo...

J.—Yo, tampoco. De novio hablaba con Pura en presencia de *mamá*, á la que soportaba, esperando el instante de la unión, que nos libraría de sus miradas.

Sí, sí... Termina la ceremonia; llegamos á casa, y mientras me visto para el viaje, dejo á mi mujer con la suegra, creyendo que era lógico que los últimos momentos los pasaran juntas... Soñando con la dicha doble de perder de vista á la suegra y de verme con mi mujer por el Mundo, salgo á buscarla, y.. me tropiezo con ella, con mi martirio, en traje de marcha...

A.—¿Iba con vosotros?

J. (suspirando).—No se resignaba á

«A CUENTA DE LO DE CASA»



H.—Hija, nos viene sigalendo el casero; y esta mañana me dijo que está dispuesto á cobrarnos en dinero contante y sonante.

J.—¡Bah! No te preocupes. Esa no es su última palabra.

dejarnos solos... No la ahogué por misericordia, por un resto de respeto á la madre de mi mujer... Ahora me pena aquella debilidad. En el tren se colocó entre los dos, como un guardián. Llegamos á Zaragoza, y pide dos cuartos, uno grande y pequeño el otro... Creí llegada mi felicidad. Después de cenar, me dirijo al cuarto grande..., y en el umbral de la puerta veo á mi ángel malo, á mi suegra, con los brazos en cruz, prohibiéndome

entrada... Aquella habitación era para madre é hija... Quedé un momento tonto, anonadado por el golpe; pero me repuse, y, recogíendome como un tigre, salté..., y me dió con la puerta en las narices.

A.—Haberla derrumbado.

J.—Lo intenté... Golpes, voces, gritos; todo inútil... Después de un rato de espera, oí una ruidosa melodía. Era el hipopótamo, que roncaba... Me cegó la ira; pero el temor de un escándalo y, lo más temible, el miedo al ridículo, me hicieron volver á mi cuarto, donde pasé la noche haciendo proyectos. Pero, al siguiente día, me faltó valor para ponerlos en práctica.

(Continuará.)

EN UN PAIS DE ABANICO

Ardiendo en sincero anhelo me atreví á pedirte un día, pusieras, luz de mi cielo, tu boca junto á la mía.

Y tú, al ver que mi embeleso no hacía á tu honor agravios, dejaste que nuestros labios se abrasaran en un beso.

¡Dulce instante en que gocé de mi alma el placer mayor, porque en un beso de amor toda mi dicha cifré!

Hoy ya no sé lo que hiciera en pos de mi pasión loca, porque si preciso fuera, diera yo mi vida entera por un beso de tu boca.

ADOLFO LLUCH

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos de correo; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, giro po tal.

B. Leonard, sucesor

Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín
encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL.

PASTORA IMPERIO ■ : : LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince gozos del matrimonio. Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
" Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

